

SE SUSCRIBE.

En la Administración Central, 8, principal, y en las principales librerías.

REDACTORES

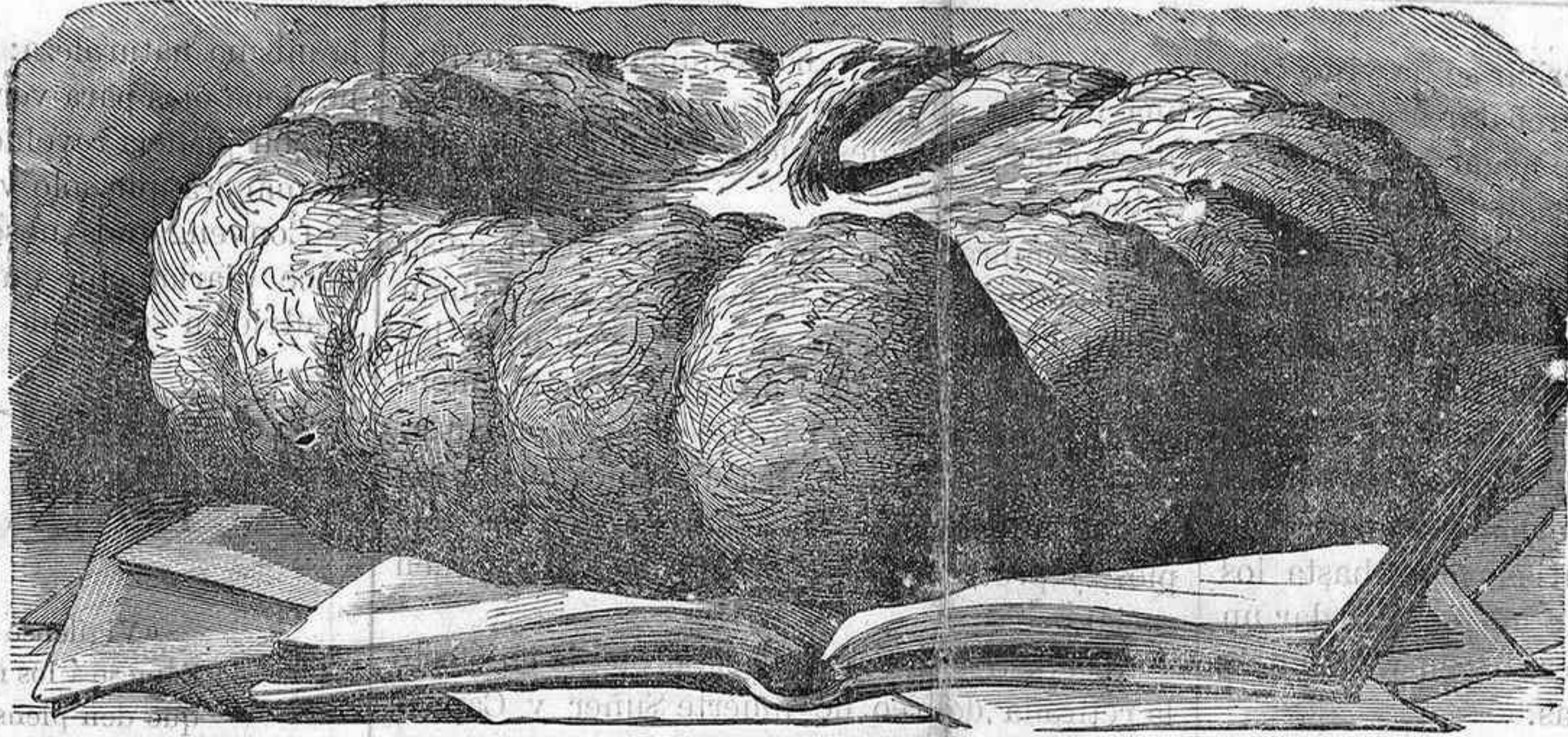
TODOS LOS ESPAÑOLES.

DIRECTOR:

José E. AMÍROLA.

NUMERO SUELTO:

CUATRO CUARTOS.



LA GORDA

PERIODICA LIBERAL.

(SEGUNDA EPOCA.)

ESTE PERIODICO SALDRÁ /SI EL TIEMPO LO PERMITE/ SEIS VECES AL MES.

PERDÓNALOS, SEÑOR.

Quisiera callar, porque el recogimiento del pueblo, los altares enlutados, la voz del sacerdote y la gente que se agolpa en los templos sin ser llamada por las campanas, me imponen un silencio respetuoso.

Quisiera callar, porque los hijos de padres católicos, persiguiendo las creencias de sus padres, hoy solo me infunden lástima y tristeza.

Y sin embargo, la voz de mi conciencia se alza sobre mis escrúpulos y no se puede acallar la voz de la conciencia.

Durante muchos siglos, los hombres, dominados por sus pasiones, han vivido en continua lucha de afectos é intereses: porque los pecados capitales no son de institución moderna, sino que nacieron con el hombre. Este, en los tiempos en que las virtudes parece que se abandonan por completo, como en las épocas de penitencia, ha conservado intactos á sus sucesores el vínculo del pecado.

Desde Cain hasta nosotros, siempre ha habido luchas entre hermanos: siempre ha corrido sangre: siempre los hombres han destruido á los hombres.

Pero siempre tambien ha flotado por encima de sus miserias un poder superior ante el cual se humillaban los soberbios: un vínculo de union, entre tantos corazones divididos: un simbolo de paz que diese tregua al esterminio.

Ayer todos los españoles éramos católicos; humanas rivalidades nos separaban en el hogar doméstico y en la plaza pública, pero los odios se contenían al entrar en la iglesia y todos se arrodillaban ante el mismo crucifijo.

Sin embargo, algunos españoles en cuyo corazón habia prendido el germen de la rebeldía trabajaban en silencio: declaraban una guerra traidora al Dios de sus mayores y minaban con estúpido rencor las torres de los templos.

La plebe, siempre ignorante y crédula, ensalzó á los enemigos encubiertos de su fé, pero se espantó al oír las blasfemias que salieron de aquellos lábios antes silenciosos.

Y los elegidos del pueblo despojaron á las imágenes y desnudaron los altares y arrebataron á las iglesias lo que el pueblo en su piedad habia cedido, no para que manos profanas lo derrochasen, sino para el esplendor del culto y en honra del catolicismo.

Los elegidos del pueblo se apoderaron de los bienes de los pobres. Los elegidos del pueblo insultaron á la Madre de Dios, ante cuya imagen el pueblo se arrodilla, y á la que invoca en sus mayores aficciones.

¡Desdichados!

Sostienen que el pueblo no es católico y le ven en estos dias rodear los confesonarios, recorrer las estaciones y vagar de una en otra iglesia, con el pecho oprimido y la imaginación preocupada por aquel gran acontecimiento que presencié Jerusalem y nunca se borrará de la memoria de los hombres.

¡Desdichados!

Actores de la impiedad, su incredulidad es tambien hipócrita. Uno á uno caerán en el sepulcro: uno á uno, si la muerte los dá tiempo, llamarán á su lecho al sacerdote.

¡Desdichados!

Tienen hijos y quieren borrar el precepto que dice: «Honra á tus padres.»

¡Desdichados!

No siempre nos rodean el tumulto de las gentes, el ruido y la animación del mundo, la luz del sol y la alegría.

Llegan horas de oscuridad y de silencio, en que cesan los rumores y el hombre se encuentra aislado enteramente ó frente á frente del Eterno. ¡Qué fenómenos tan curiosos, qué estudios tan profundos ofrecerán entonces aquellas pobres almas!

Y, sin embargo, no están solas.

De todos los templos, de todas las bocas cristianas salen continuamente plegarias pidiendo á Dios que las perdone.

Herid, incrédulos, herid el seno de la Iglesia; rasgue vuestro puñal sus vestiduras.

La Iglesia se vengará cumplidamente, rogando al cielo por vosotros.

¡Ojalá perdone la patria á los que, ó adrede,

ó sin querer, destruyen en ella los fundamentos religiosos!

¡Ojalá les perdone el país la brillante degradación que le rodea!

Inconsecuentes hasta en la impiedad, se les ve en estos dias profesar la misma fé que no quieren que se enseñe á sus hijos en las escuelas.

Son unos desdichados que ó no creen lo que dicen, ó no dicen lo que creen.

Podria comparárseles á Pilatos, si en vez de lavarse las manos no prefirieran conservarlas puercas.

Pero ahora están cambiados los papeles.

No son las turbas quienes gritan á Pilatos: «¡Crucifícale!»

Es Pilatos quien se dirige á las turbas diciéndoles:

—«Ahí le teneis escarnecido y crucificado.»

Pero no nos dejemos llevar de otro sentimiento que el de la caridad, en un dia en que deben olvidarse las ofensas.

Pidamos para ellos perdon, porque ellos son incapaces de pedir otra cosa que destinos.

CURACIONES MARAVILLOSAS.

Bien está que no se conceda á la revolución de Setiembre un título académico, que acaso decidiria de sus merecimientos literarios. Ella por su parte se contenta modestamente con el dictado de gloriosa, y lejos de aspirar á obtener fama de científica, se la vé demostrar con repetido empeño que si ha tenido cómplices, en cambio no ha tenido condiscipulos.

Uzúrnum en Sevilla, Mijares en Palencia, Ezcarrí en Vitoria, y sobre estos tres postes gubernamentales que desdeñan el renombre de columnas, el monumental Rolandí, que en la provincia de Gerona está acreditándose de leño entre sus administrados, son vivos testimonios de que la revolución no tiende á distinguirse por su amor á la gramática.

SUSCRICION.

MADRID.

Un mes..... 4 rs.

Un trimestre..... 10

Un siglo..... 3200

PROVINCIAS.

Por corresponsales..... 14 rs.

Directamente á la Administración..... 12 rs.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.

Tres meses..... 20 rs.

Pero sin saber leer ni escribir se ha visto con frecuencia al empirismo arrebatado á la ciencia su parroquia, y no se puede negar que la revolucion hace cada dia empiricamente nuevos milagros.

Leprosos inveterados le deben el singular favor de gallardarse en medio de la sociedad que antes los desechara de su seno como impuros agotes; mancos que hasta el advenimiento suyo no habian podido sacar las manos de los cabestrillos, las mueven ahora con toda libertad metiéndolas en varias partes hasta los codos; tullidos y cojos, que no podian dar un paso sin caer en las cárceles, hacen ya con toda rapidez carreras asombrosas.

Y si el empirismo de la revolucion se ha hecho notable en todo género de operaciones, incluso las de crédito, lo es mucho mas en las que se refieren á la vista.

En este particular, tiene la doble virtud de volver ciegos á los que están aguardando con cien ojos el dia de la verdadera libertad, y de hacer que los obcecados que se pusieron en sus manos empiecen á ver las estrellas.

La revolucion, como oculista, es superior á todo encarecimiento.

A los que al calor de sus fortunas vivian indiferentes en sus casas, atacados por la gota serena del egoismo, los ha convertido en Argos vigilantes que se resisten á que el sueño les cierre los ojos, temiendo que el socialismo armado de una palanca mas poderosa que la de Arquímedes, desquicie con ella las arcas de hierro en que guardan sus tesoros.

Y es por cierto una buena obra de la revolucion haber conseguido que los egoistas, segun es propio de su naturaleza de liebres, hayan de dormir con los ojos abiertos.

Mas no es esa la operacion mas importante entre las muchas que hace diariamente la curandera que cada vez causa á España mayor asombro; no es tampoco la que consiste en haber hecho brotar lágrimas de ojos que se mostraron secos ante los infortunios de la patria, y que ahora se humedecen ante sus personales infortunios.

La revolucion de Setiembre, hábil como ninguna, en batir las cataratas formadas por el escepticismo, va rompiendo poco á poco con su bisturí las cataratas del cielo, y el dia menos pensado la sociedad española que apenas vé gota, verá claramente las aguas del diluvio.

En esto es en lo que principalmente estriba su mérito, y en una curacion reciente que parecerá maravilla á los ojos de Europa.

Habia en España una noble matrona ciega de nacimiento, la cual no veia seguramente tres sobre un asno, pues que no vió venir en tiempo oportuno á tres criminales elevados á héroes en virtud del triunfo revolucionario.

Entregada esa matrona al tratamiento inconsciente de la revolucion, hízole abrir la diestra mano para colocar en ella una navaja en vez de la espada que tenia, púsola en la siniestra en lugar de balanza un embudo, y arrancándole con osadía temeraria la venda que le cubria los ojos, la ha transformada por completo.

La matrona se llamaba justicia á secas, y ya lleva un apodo degradante.

Tenia un origen divino, y se ha humanizado.

Habia bajado á la tierra para habitar en ella durante la edad de oro, y al venir la edad del papel bonificado, se ha vuelto al cielo.

A la justicia ciega ha reemplazado, en fin, una justicia que vé, y esto se prueba por las diferencias esenciales que se advierten en sus golpes.

La sombra de Balanzategui, saliendo de su tumba con las señales de las balas que habian penetrado en su pecho sin autorizacion de las leyes, se acercó en el Congreso al reo de muerte Suñer y Capdevila, para decirle en confianza:

—«No temas á la justicia revolucionaria; esa es una mujerzuela que se derrite con los impíos, y protege á los conculcadores del orden social.»

Y la justicia revolucionaria protegió en efecto la retirada del reo de muerte Suñer y Capdevila.

Esa misma justicia, que por lo directamente que va á la casa de curas revela ser *anti-presbitero*, en asuntos militares está sujeta á varios estrabismos.

Trocando no solamente los ojos, sino tambien los frenos, parecia como que miraba al juzgado de Getafe para afirmar que el infante D. Enrique habia muerto de un modo fortuito, y ahora resulta que miraba á la capitania general para descubrir un duelo fratricida.

Congratulémonos, sin embargo, de que el duque de Montpensier haya sido visto por la justicia revolucionaria, mientras que la justicia divina le va á los alcances. La lenidad de la una será compensada por la severidad de la otra; y la sangre directamente vertida por el protagonista de la revolucion de Setiembre, mezclada con la que todavía no se vé en sus manos por hallarse cubiertas de una costra de oro, formará un lago suficientemente profundo para que naufrague en él la fragata de su ambicion, aunque Topete le sirva de piloto.

Entretanto, hé aquí un rasgo de la justicia de la revolucion, que la caracteriza perfectamente.

Mirando de hito en hito al fratricida, escudriñando dónde podria herirle mas á lo vivo y de manera que la familia del muerto participase del golpe, ha condenado al duque de Montpensier á que pague con treinta mil pesetas el balazo, en virtud del cual han quedado huérfanos los hijos del infante don Enrique.

Rasgo verdaderamente característico de una revolucion tan gloriosa, que en todas partes está viendo dinero menos en las arcas del Tesoro.

Ras uño hecho á la vez en el bolsón del fratricida y en el corazón de los huérfanos, por el cual se deduce que la espada de la justicia se ha tornado én navaja.

Pero no es tanta la perspicacia de la ex-noble matrona, á quien la revolucion ha quitado la venda, que lo vea todo.

Ha visto un duelo á muerte, para castigarlo sin gran estorsion de la comodidad é intereses del fratricida.

Ha visto al duque de Montpensier, no sentado en el banquillo de los reos, sino recibiendo besa-manos en su casa.

Ha visto al actor cuando ha tenido por conveniente dejarse ver, y no se tiene noticia de que haya visto á los padrinos.

¡Justicia revolucionaria! Permíteme admirar la maravillosa destreza del operador que te ha abierto los ojos.

El empirismo de la revolucion deja atrás á

la misma naturaleza: porque si todo fiel cristiano tiene ojos para ver las dichas, las miserias, tú, ¡oh justicia revolucionaria! has sido operada de manera que solo ves lo que te conviene.

Convengamos nosotros en que la revolucion hace diariamente milagros, que convierten á Madrid en «Córte de los milagros.»

LO DE SIEMPRE.

«Vigíense los cuarteles,
llámese á los milicianos,
que den pienso á sus corceles
los civiles veteranos.»

El gran Rivero no calla;
con mas valor que Da-vid
piensa dar una batalla
en las calles de Madrid.

Ya cargan los voluntarios
el fusil hasta la copa,
ya con tantos emisarios
está cargada la tropa.
—¡Quién vive!

—Paisano.

—¡Atrás!

—¡Eh! ¿qué es esto?

—Que el pobre don Nicolás
se encuentra un poco indispuerto.

—A mí la guerra me inflama.

—¿En dónde está el enemigo?

—El ministro que nos llama
debe llevarlo consigo.

—Dicen que esta noche llega
Pierrad con tres periodistas.

—En las cuevas de la Vega
hay setenta mil carlistas.

—Que te recen un responso.

—Yo no me muero de miedo.

—¡Ha entrado el príncipe Alfonso
por la puerta de Toledo!

—¡Jamás, jamás y jamás!

—¡Ay! ¡Qué pena!

¡Al pobre don Nicolás
le ha sentado mal la cena!

El sol disuelve las juntas;
Madrid amanece inermes,
y se deshace en preguntas
mientras el ministro duerme.

—¿Peligró la libertad?

—¿Hubo muertas y pasquines?

—¿El parque de sanidad
preparó los botiquines?

—¿Pretendió el partido rojo
consolidar la anarquía?

—¿Fue todo cuestion de arrojo
de don Nicolás María?

—¿No respondes?

—No sé mas.

Por supuesto,
que el pobre don Nicolás
estuvo un poco indispuerto.

Rivero, que se consume
sin consumir una hazaña,
la mejor noche, presume
que es el Gran Turco en España;

Y quema las catedrales,
ó prende diez cláustros plenos,
ó zumba á los liberales,
ó fusila á los serenos,

O baila sobre las leyes,
ó brinda por los cubanos,
ó destituye á los reyes,
ó circuncida cristianos.

—¿Que nó?—Pues ya lo verás;
porque ¡oh pena de las penas!
¡Al pobre don Nicolás
se le sublevan las cenás!

PINITOS.

Hace falta un Setiembre cosmogónico y un Topete sideral para concluir con las únicas leyes que aun rigen en España, impidiendo el libre desarrollo de los principios democráticos.

Nos referimos á las leyes naturales.

En vano la naturaleza, pródiga en todas sus obras, fué avara en peso específico con los progresistas; aunque estos apreciables animáculos pesan poco y aunque su gravedad es bien escasa, todavía el centro de la tierra tiene para ellos tantos atractivos como la superficie del planeta en traje de primavera.

Esta fuerza fatal é irresistible que hace que Figuerola se deje caer sobre las minas, que la córte progresista resida en las Caballerizas, que las acciones de *La Peninsular* estén en los cimientos de sus casas, y que los fondos públicos se coticen todavía mas bajos, es la única explicación de la política de cabildeos que estos días trae mal humorados á los demócratas, suspensos á los republicanos y satisfechos á los unionistas.

Quisieron los hombres del progreso levantar las manos del suelo con el auxilio de los cimbríos, y la inflexible ley de la gravedad les obliga á volver á su natural postura; creyéronse amaestrados en libertad por los unionistas, y hoy tascan el freno sin conocer el brazo que los guía.

¡Pobres progresistas! Ellos que ocupaban el sitio preferente en la caravana revolucionaria, véanse ahora obligados á marchar á la cola de Echegaray.

Pero hay que ser justos. La humanidad no es tan mala como á primera vista parece; la situación actual de los progresistas inspira por punto general tiernas simpatías.

Como LA GORDA no es general, aun no se ha resuelto á que los progresistas le sean simpáticos; pero, ¿qué falta hacen las simpatías de un pobre periódico reaccionario á quien cuenta con el afecto de una plana mayor unionista?

Porque los unionistas les adoran, bien puede permitírsele esta debilidad á un partido tan fuerte.

Ven la postura incómoda en que les tenían los demócratas, y compadecidos de su violenta situación, les tienden cariñosamente la mano como diciéndoles: «Descansen ustedes.»

Ante conducta tan generosa, ante amistad tan consecuente y protección tan desinteresada, serían unos ingratos los progresistas si no andarían en cuatro piés por sus amigos.

Además, su alianza con los demócratas no tiene objeto; á su lado no brillan; sus naturales gracias se confunden con las de los cimbríos, y es preciso ser un conocedor muy esperto para distinguir los rasgos característicos de una y otra raza.

Solo los unionistas, en su calidad de gitanos

de la política, pueden apreciar debidamente su fuerza respectiva, y cuando dan su preferencia á la progresista será porque la tienen bien experimentada.

Obedeciendo á esta idea, se ha hecho moda unionista, vengar á los hombres del progreso de la tiranía democrática, pegando á los demócratas.

Desde la última crisis son los demócratas para los unionistas, unos impíos, unos desnaturalizados, unos torpes revolucionarios.

Llueven sobre ellos los gracejos de *La Política*, las puñaladas de *El Diario Español*, las indirectas de *El País* y hasta las virtuosas recriminaciones de *La Epoca*.

Los pasillos del Congreso hierven en anécdotas picantes y en sabrosos *sucedidos*, en los que siempre un cimbrío suele ser el héroe.

Rivero tiene mas embotada la lengua desde hace treinta días; Martos desde igual fecha ha engordado; Becerra ha perdido su distinción, Moret se ha desplanchado; Coronel y Ortiz enflaquece.

¡Pobres progresistas! esos pícaros de demócratas no merecen ser vuestros amos.

«¿Os acordais de los buenos tiempos en que unidos con nosotros gozábais en la paz de la Tertulia de todos nuestros triunfos?»

«Era aquella una situación distinguida; vivíamos todos como amigos; y contentos con la esperanza de coronar el edificio, andábamos por vosotros de coronilla.»

«Soliais, es verdad, enfadaros de vez en cuando si hablábamos del duque, pero gracias, á Vega de Armijo ya ibais tomando el gusto á la conversación, y el día menos pensado hubierais dado el abrazo de Tertuliano á ese excelente príncipe cortado por el patron de vuestros sastres.»

«En lugar de eso, Rivero á cada paso os hace tropezar, Echegaray eclipsa á Ruiz Zorrilla, Moret amenaza á Figuerola, y Martos quiere suprimir la importancia histórica de Damato conduciendo las huestes radicales.»

«Progresistas, vais por mal camino, ¿quereis nuestra ayuda?»

«Este lenguaje mudo unas veces, espresivo otras, que los órganos del unionismo emplean diariamente con los progresistas, es peligroso por lo mismo que no es nuevo.

Así se espresaban hace cuatro meses los órganos de la fracción cimbría para apartarlos de los unionistas.

Mas ninguna figura retórica hace mas efecto á los hombres del progreso que la repetición, sin duda porque se reduce á remachar el clavo.

No nos sorprenden, pues, los rumores de próximas avenencias entre progresistas y unionistas.

Los que conozcan las leyes de la gravedad, al ver vacilar tanto á los progresistas, creerán tal vez que van á hundirse.

No, el día, no muy remoto acaso, en que suelten las manos que hoy les tienen sujetas los demócratas, caerán otra vez sobre el terreno que los unionistas les están preparando hábilmente.

Ese día habrán vuelto á su posición natural.

ROLANDÍ.

En Gerona se ha alterado el orden.

Un terrible motin contra las pocas leyes no

abolidas todavía por las prácticas revolucionarias ha estallado en aquella capital, patria de los corchos y de Suñer y Capdevila.

Y lo que es mas escandaloso todavía (pues un motin á secas no debe escandalizar á nadie), el mismo gobernador de la provincia, D. Sebastian Rolandí se ha puesto á la cabeza del tumulto.

La insurrección se ha apoderado de todas las letras que habia disponibles en la imprenta del gobierno civil, y durante una hora ha hecho numerosos disparos.

Las desgracias son incalculables; una columna del *Boletín oficial* ha sido completamente deshecha, media docena de alcaldes están heridos y dos repartidores que con un celo indiscreto, aunque laudable, se empeñaban en hacer subir las escaleras de una casa á un número del periódico, fueron recogidos del portal en muy mal estado.

La guardia civil logró á duras penas restablecer la tranquilidad, haciendo los siguientes prisioneros:

—*Boletín oficial extraordinario*, etc. Con efecto, es el mas extraordinario *Boletín* que desde Mijares hasta nuestros días se conoce.

«Fuerzas considerables del ejército, compuestas de cazadores, ingenieros y trenes de batir, llegadas ayer tarde á Barcelona, unida á la que ya contenia la capital del principado, con la que hoy por la mañana han desembarcado dos vapores.....»

Respiremos un momento estos vapores antes de perder la cabeza, contando las fuerzas considerables del ejército.

¿De dónde llegaron esas fuerzas? ¿cómo esas fuerzas se unió con las que contenia Barcelona, y cómo las que llegaban en los vapores contenian en vez de favorecer á las fuerzas recién llegadas?

Bien claro se vé que aquí no hay mas fuerza que la que hace el Sr. Rolandí (D. Sebastian) para tirar de la sintáxis.

Y véase cómo el citado D. Sebastian continúa disparando sobre esa reaccionaria.

«.....procedieron á las cinco de esta madrugada á batir los insurrectos.»

Esta imagen culinaria haria relamer de gusto á cualquier aficionado á natillas, pero el gobernador de Gerona debe prohibir á sus subordinados ese suave manjar para evitarles las molestias que á su juicio afligieron á los insurrectos, á los cuales

«Les fué dado el plazo de doce horas para rendirse antes de obrar.....»

El espíritu se conturba, y hasta se pierde el olfato al considerar el suplicio de los insurrectos; ¡doce horas de esfuerzos! ¡ah, D. Sebastian, qué terribles exigencias tiene á veces la razón de Estado.

«... Y en evitación de mayores desgracias.»

¿Qué evitación de desgracia es posible, Sr. de Rolandí, siendo usted gobernador de una provincia? ¿qué mayor desgracia que las evitaciones que usted hace de la gramática, del decoro y de la sindéresis?

«Pasado el tiempo prefijado sin obtener contestación en tal sentido, operan las fuerzas militares teniendo cercados á los rebeldes.»

Operar á unos insurrectos que se rinden antes de obrar, es una operación algo atrevida, y que de fijo no se halla prevista en la táctica, ni puede producir resultados.

Pero sí, sí que los produce.

«El resultado de este particular debe tocar á su término.

¡Ah, por fin!

«Y bien pronto circulando libremente los detalles...»

Tapémonos las narices y dejemos solo con su Boletín al Sr. D. Sebastian.

Todavía tiene que decirnos algo:

«Lo pongo en conocimiento del vecindario de la capital y su provincia para su conocimiento y tranquilidad, así como en esta de mi cargo no se ha turbado, etc., etc.»

No, Sr. de Rolandí, no, en la tranquilidad de su cargo de usted el orden no existe, y por lo tanto es inalterable; usted no puede turbarse por nada, y si todos los gobernadores que el ministro de la Gobernación piensa descargar sobre el país, son del mismo paño de que usted es una muestra, las provincias van á pedir á voz en grito volver á los antiguos.

Pero el mérito de Rolandí merece puesto mas elevado.

Resucitando el tiempo de Calígula, él y varios de sus compañeros serán pronto nombrados senadores.

Se va á organizar aquí la cámara de los pares con Ulzúrrum, con Mijares, con Ezcarti y Rolandí.

FLAQUEZAS.

¡A la una!
¡A las dos!
¡A las tres!

Ahora verán ustedes las combinaciones estratégicas de los nuevos y esforzados generales progresistas, contra los muros inespugnables de Gracia.

Por allí llega una division y luego otra y luego otra.

El general pide refuerzos: los refuerzos piden un general, y el nuevo general pide mas tropa.

¡Guerra! ¡guerra! ¡al arma! ¡al arma!

En frente está Gracia; los generales arrastran con temeridad el humo de los cañones de sus chimeneas: no hay que temer: apuntan muy alto.

Los insurrectos guardan un silencio aterrador, lo cual hace creer que son muchos y están perfectamente avenidos. Solo se oye una campana que toca á somaten, lo cual hace sospechar al general que dentro de Gracia hay una cuerda.

El general con su anteojo de aumento descubre algunos quinqués dentro de las casas, lo cual es un indicio para suponer que los insurgentes tienen bombas.

No puede el general resistir á su emocion y.... (se continuará en la próxima flaqueza).

**

El general pide refuerzos.

Por los caminos llegan regimientos de todas armas, trenes de batir, pertrechos de guerra, municiones de boca, parque de sanidad, y se piensa en que una escuadra apoye el movimiento.

El ejército no sabe lo que pasa: el general tampoco: las tropas ejecutan vistosas maniobras y los jefes de estado mayor se preguntan unos á otros, si se trata de bailar unos lanceros.

El general, no creyendo que la ciudad puede ser tomada aquel dia, toma varias alturas y un chocolate con tostada.

**

Amanece el dia siguiente y el general se encuentra á la misma altura.

**

Como el general ha perdido el hilo del telégrafo, no puede comunicar al gobierno este despacho en cifra que confia al ordinario.

Nosotros fuertes posiciones: la ciudad no avanza.

Vuelve á salir el sol, y algunos insurrectos salen á tomarle.

El general, viendo que le toman el espacio residencia habitual de las ideas de D. Juan Prim, se dispone á tomar una actitud enérgica.

Para evitar una emboscada, el general manda tallar un campo de lechugas.

¡Qué situacion la del general!

**

La situacion no puede prolongarse.

Cada casa pudiera ser un fuerte: cada ventana una tronera, y cada tonel una barricada.

En vista del provocativo silencio de la poblacion, el general manda romper el fuego.

Su pensamiento es grande.

Para sitiarse por hambre á la ciudad, el medio mejor es abrir bocas en todos los edificios.

**

¡A la una!

¡A las dos!

¡A las tres!

¿Quiéren ustedes saber lo que habia en Gracia?

Avanza una columna: avanzan dos columnas, y se estienden pacíficamente por la poblacion, tropezando en algunos cadáveres de niños y mujeres.

Las calles están desiertas, pero en cambio la poblacion está llena de huecos.

Huecos en las paredes de las casas.

Huecos en la torre de la iglesia.

Huecos en las familias pacíficas.

Y gozándose en el espectáculo de su victoria, el general, futuro duque de Gracia, paseándose muy hueco.

**

¿Quién es el general? dirá el lector probablemente.

No sabemos.

Allí se vió á Baldrich: allí se vió á Gaminde, pero al general no se le vió en ninguna parte.

Hay ocasiones en que cuatro entorchados no componen un solo general.

**

España no existe.

Esta proposicion se demuestra por el siguiente absurdo social y financiero.

Figuerola es ministro de Hacienda.

No basta que los buques con que nos pronunciamos se construyan en Inglaterra: que el lujo que nos empobrece venga de Francia.

Figuerola, despues de haber endosado al extranjero toda nuestra deuda, pretende que la moneda española se acuñe en las fábricas de Bélgica.

No le faltaba mas al símbolo de nuestra miseria que tener un sello extranjero.

**

Entretengamos nuestra carencia de dinero apilando los siguientes datos.

El Estado gana una parte en la acuñacion de la moneda.

El fabricante extranjero no trabaja gratis.

Los ferro-carriles de Francia y Bélgica no transportan gratis la moneda.

Los ferro-carriles franceses de España tienen el feo vicio de cobrar.

Los corredores que intervienen en un negocio no corren de balde.

De manera que todas estas ganancias extranjeras se resumen en la siguiente reflexion de los españoles que reciben una moneda de cuatro reales.

¡Pues señor! esta moneda no vale una peseta.

Este argumento le parecerá de mala ley á Figuerola, pero de peor ley les parecerá á los españoles su moneda.

**

Aun cuando la administracion actual de la Hacienda es una verdadera tragedia, el Sr. Figuerola resulta ministro de sainete.

Solo así se explica que el ministro de Hacienda haya caido en gracia al país, que canta al verle, esta famosa tonadilla.

Con el ¡trípili! ¡trípili!

¡trápala!

que esta tonada

se canta y se baila.

Anda chiquillo,

dale con gracia,

que me has robado el alma.

**

Pero no todas las casas extranjeras merecen la confianza del conocido economista.

Sabemos por buen conducto que recientemente ha rechazado una proposicion del Banco de Terranova.

El Sr. Figuerola, que en estos dias de vigilia no se atreve á pasar delante de una cocinera vizcaina, respondió á los que le proponian el negocio.

—Es inútil, señores: ya he sido pescado una vez en ese Banco.

**

Un militar pundonoroso y que nunca tuvo una cuñada rica, recibe esta carta cariñosa.

«Caballero...»

Es V. un miserable.

Sin mas por hoy, queda de V. siempre afectísimo. Fulanez.»

La respuesta no se hace esperar.

«Muy señor mio.

Tendria la mas viva satisfaccion en dar á V. un pistoletazo en la sien, pero no me puedo batir porque me encuentro sin dinero.

Envíeme V. 30.000 pesetas y no tendrá inconveniente enviarle al otro barrio, su afectísimo

Menganez.»

MADRID: 1870.

IMPRENTA DE NOGUERA

Bordadores, 7.